

Marxismo y espacio de debate en la Revolución Cubana

Aurelio Alonso Tejada

Investigador. Centro de Estudios sobre América.

El debate sobre el tema del marxismo en la Revolución cubana es mucho más complejo que lo que traslucen el discurso ideológico, el sistema de enseñanza y el movimiento editorial y publicístico. Sobre todo porque la reflexión crítica, que vuelve a abrirse paso en los últimos años, no cuenta aún con espacios ni con estímulo suficientes para calar con la hondura necesaria en el trayecto mismo de nuestra historia reciente, tan saturada de entrega y heroicidad que la apologética parecería a veces estar de más.

Pienso que cualquier estudioso que se respete, solo de verse escribiendo sobre el marxismo y la Revolución cubana, tendría que preocuparse ante lo poco que ha sido dicho en Cuba desde el rigor del análisis despojado de lastres y tensiones doctrinales y de lo mucho que tenía que haber figurado ya en el debate. Un debate que ha estado ausente durante más de dos décadas.

Confieso que en las líneas que siguen voy a dejar muchas preguntas sin respuesta. Al menos muchas de las que se me han ocurrido como obligadas para discernir el lugar del marxismo en la Revolución cubana. Tan solo intentar hacerlo excedería los marcos que en tiempo y en páginas debo respetar. Y evito también un riesgo de superficialidad al resistir la ten-

tación de detenerme en numerosos tópicos cruciales, sin que ello quiera decir que los subestime o incluso que los considere secundarios en relación con los que he seleccionado.

Para no dejar esta prevención en el plano abstracto, puedo afirmar, por ejemplo, que no es posible obviar que el ensayo de Blas Roca *Los fundamentos del socialismo en Cuba*,¹ escrito a principios de los años cuarenta, se convirtió en los tempranos sesenta prácticamente en el libro de texto marxista por excelencia y pasó después al silencio, sin que mediaran nunca debates abiertos al respecto, los que hubieran contribuido a proporcionar una visión crítica de sus aportes y desaciertos; y también a una apropiación más nítida de su contribución. Reitero que tampoco es un punto en el que pueda detenerme, pero si queremos aproximarnos al conocimiento de la presencia del marxismo en el proceso de transformación revolucionaria iniciado en Cuba en 1959, no es posible pasar por alto que *Los fundamentos....* fue el instrumento básico de iniciación marxista de cientos de miles (tal vez millones) de cubanos entre 1960 y 1966.

Tampoco he querido detenerme ahora en la cuestión de cómo y cuándo entra el marxismo en el

Cualquier estudioso que se respete, solo de verse escribiendo sobre el marxismo y la Revolución cubana, tendría que preocuparse ante lo poco que ha sido dicho en Cuba desde el rigor del análisis despojado de lastres y tensiones doctrinales y de lo mucho que tenía que haber figurado ya en el debate.

pensamiento orgánico de los revolucionarios de la Generación del Centenario, más evidentemente martiana que marxista. No hay que confundirla con la incorporación del objetivo socialista al proyecto, proclamada en el contexto de Girón (y claramente perceptible después de las dos leyes de nacionalización de empresas de 1960, que cambiaron radicalmente la estructura económica del país). Se trata de dos cuestiones distintas, y que incluyen la necesidad de precisar la evolución del discurso del liderazgo revolucionario. Y no por mero interés biográfico acerca de este liderazgo, sino por lo que ello significa para desentrañar con acierto los hitos de nuestras realidades y las contradicciones del pensamiento revolucionario que las informa.

Confrontar de esta manera al lector con cuestiones que considero inabundantes para dilucidar el tema del marxismo en la Revolución cubana, y decir que no las intento tratar en las líneas que siguen, puede parecer contradictorio. Por eso quiero aclarar otra vez que ni resto importancia a estos temas ni a muchos otros mal o nada discutidos. De hecho, si he comenzado por aludir a ellos ha sido precisamente para dejar constancia de que la magnitud de los tópicos a poner en el debate excede con mucho a la iniciativa —no por ello menos encomiable— de haberle abierto el indispensable espacio inicial.

El marxismo nacido de una revolución

Es bien conocido que aunque existe una presencia marxista en la historia revolucionaria cubana de este siglo, el proceso que da lugar a la victoria de 1959 no se asentaba en un programa marxista, ni estaba conducido por un partido marxista, ni fue expresamente movido por ideas marxistas. La presencia hegemónica del marxismo se introduce, de manera progresiva aunque vertiginosa, en los cuatro primeros años que siguen a la victoria. La revolución, en la experiencia cubana, no se diseñó desde el marxismo ni es conducida por los socialistas organizados. Sino que es, en sentido inverso, la Revolución, victoriosa ya, la que asume las ideas del marxismo, al tiempo que cambia la estructura socioeconómica del país y adopta posteriormente normas institucionales del estilo de organización política predominante en los socialismos del Este. Lo

cual debe llevarnos igualmente a meditar sobre el poder desencadenante de la victoria dentro del hecho revolucionario.

Este curso histórico desde la victoria revolucionaria a la asunción del marxismo, caracterizado por una intensa radicalización política, económica y social (y en lo externo por la implantación de un verdadero estado de sitio desde los Estados Unidos), tiene lugar en el marco histórico de la crítica inconsecuente del estalinismo, es decir entre el XX y el XXII Congreso del PCUS.² Se hablaba entonces de «deshielo» en la Unión Soviética, pero se mantenía en pie toda la deformación institucional y doctrinal impuesta por el socialismo ruso. Lo criticado quedaba reducido al «culto a la personalidad» como si se tratara de un caso clínico y no de un costoso engendro político por el cual se haría pagar al marxismo y sobre todo al leninismo. Al mismo tiempo, y en franca confrontación con el «deshielo» soviético, China lanzaba, con «el gran salto hacia adelante»,³ un intento de modelo socialista alternativo al preconizado por la URSS; se rebelaba contra la crítica del «culto a la personalidad» y vindicaba el legado de Stalin en su orientación doctrinal.

El proyecto socialista cubano nace por lo tanto en un contexto crítico del sistema socialista mundial, signado por la ruptura entre los dos grandes modelos revolucionarios de nuestro siglo inspirados en el marxismo, y a la vez por las primeras muestras de agotamiento de la institucionalidad política y el doctrinarismo implantados por el socialismo ruso. Merecería atención —si el espacio lo permitiera— la confrontación de la filosofía oficial con todo esfuerzo creador dentro del marxismo, desde Lukacs y Gramsci;⁴ y, por supuesto, con todo el conocimiento contemporáneo fuera del marxismo mal llamado ortodoxo, identificado despectivamente con calificativos también equívocos como «occidental» y «burgués».

El efecto combinado de la secuencialidad revolucionario-marxismo, por una parte, la complejidad política e ideológica del contexto socialista, por otra, y la necesidad de subsistir en permanente estado de sitio en tercer lugar, conforman el marco del socialismo cubano y, en consecuencia, de la incorporación del pensamiento marxista al ideario revolucionario y del trayecto recorrido en estas tres décadas y media.

Fue evidentemente la versión del marxismo elaborada y difundida desde el socialismo ruso la que se extendió en Cuba con apoyo más sostenido, en tanto era la que contaba, por supuesto, con una presencia más significativa en el movimiento revolucionario, y dado que la asociación económica y militar y la afinidad política con la URSS cobró fuerza con rapidez.

Desde 1960 se creó el sistema de Escuelas de Instrucción Revolucionaria (EIR), llamado desde entonces «escuelas del Partido», aunque este aún se denominaba Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI). Estructurado en tres niveles (escuelas nacionales, provinciales y numerosas escuelas básicas), tuvo a su cargo la introducción de la educación marxista a través de los manuales soviéticos como instrumento principal.⁵ El marxismo soviético devino masivamente «el marxismo» para los cubanos comprometidos con el proyecto revolucionario, que aprendimos de él la crítica articulada del capital, el lugar de cada cual en la lucha de clases, el significado de la revolución proletaria, el papel clasista del Estado y la dictadura del proletariado, el ateísmo científico y otros pilares teóricos de la doctrina. El marxismo-leninismo era el *vademecum* de verdades ordenadas en el materialismo dialéctico e histórico, la economía política y el socialismo científico. Los textos de Marx, Engels y Lenin fueron santificados desde versiones adocenadas por la repetición, la codificación y la cita de autoridad.

La revista mensual *Cuba Socialista* se creó como órgano teórico del Partido cubano. Aun cuando constituye una fuente decisiva para seguir el discurso político de aquellos años, no se percibe en ella la formalización dogmática de una doctrina oficial.⁶ Una segunda publicación, *Teoría y Práctica*, mensual de las EIR, tenía una vocación más académica (y más doctrinal), y se centraba en los temas de la ideología.⁷ La enseñanza universitaria buscó un acomodo con la incorporación del marxismo a los planes de estudio de las nuevas carreras y de las tradicionales. La «concepción científica del mundo» debía ser parte de la formación superior en todo el país, y para impulsar esta meta se buscó la colaboración de especialistas *hispano-soviéticos* en diversas ramas del conocimiento social.⁸

Sin embargo, sería un error mayor reducir el espectro de la asimilación marxista cubana de los años sesenta al inventario doctrinal del marxismo soviético, tanto en el plano político como en el teórico. La confrontación en 1962 con el intento estalinista de burocratización en la constitución del Partido cubano, acuñada como «proceso al sectarismo» (en lo interno), y el diferendo motivado por la decisión inconulta de la URSS de negociar bilateralmente —ignorando a la política cubana— la solución de la crisis de los cohetes, también en ese año (en lo externo), indican que el liderazgo cubano no se inclinaba a

comprometer su autoctonía y la independencia que con tan alto costo estaba arrebatando al poderoso vecino del Norte. Desde entonces la URSS aprendió que existía una política cubana y Cuba aprendió que la nueva asociación no iba a estar exenta de los problemas de una relación de poder.

Debemos tomar en cuenta estas determinantes políticas para explicarnos que, paralelamente a la asunción dominante del marxismo dogmatizado de Moscú, se mantuvo abierto el espacio a una experimentación no convencional y a la reflexión no ortodoxa a lo largo de los sesenta. De hecho se produjeron, desde las esferas políticas, críticas al «manualismo», término que se usó para denominar a la educación doctrinaria.⁹ La marea antimanualista de mediados de la década se vincula al alcance que tuvo la polémica en diversos sectores y a su impacto innovador.

El escenario de debate en que primero se expresó esta diversidad fue el de la creación artística y literaria, dentro del cual las confrontaciones iniciales dieron lugar al encuentro celebrado con la dirigencia política en 1961 en la Biblioteca Nacional, en cuyo seno Fidel Castro lanzó aquella frase que, con un trazo sencillo, delineaba la frontera de la exclusión: «Dentro de la Revolución todo, contra la Revolución nada».¹⁰ Este aserto, que se convirtió en una referencia recurrente por su incuestionable significado, daría lugar con los años a muy distintas interpretaciones sobre lo que no está «dentro» y lo que no está «contra». Antes, y también después de 1961, y particularmente en los debates de 1963 a 1965 sobre el cine, la creación artística y la cultura, se puso de relieve la fecundidad de una reflexión propia nacida de la Revolución, que se abrió paso en un entorno polémico.¹¹ Estas discusiones pudieran y debieran haber sido incorporadas hace mucho al bagaje formativo de las generaciones posteriores.

Sería muy difícil comprender tal apertura interna si no se toma en cuenta su coherencia con el reclamo de libertad que salía de la joven república revolucionaria. La tesis de la lucha armada como vía prioritaria de acceso al poder, la idea de un primado dialéctico de lo subjetivo sobre lo objetivo (y del papel de la voluntad) y la diversidad de posiciones sobre el modelo económico de construcción socialista se situaban en el centro de una diferencia fundamental con el *mainstream* del socialismo real. No me interesa especular aquí acerca de dónde estaba la razón, sino apuntar que, sin la aspiración de articular un modelo alternativo en competencia con el ruso (como se evidenciaba en la proyección china de los años sesenta), el liderazgo cubano procuraba fundamentar y defender la singularidad diferenciada de su proyecto, en un gesto inequívoco de libertad soberana.

La polémica que en este contexto protagonizó el Che, junto con otras figuras de la dirigencia revolucionaria (y que insertó la experiencia cubana

El efecto combinado de la secuencialidad revolución-marxismo, por una parte, la complejidad política e ideológica del contexto socialista, por otra, y la necesidad de subsistir en permanente estado de sitio en tercer lugar, conforman el marco del socialismo cubano y, en consecuencia, de la incorporación del pensamiento marxista al ideario revolucionario y del trayecto recorrido en estas tres décadas y media.

en una discusión internacional en la que estaban enfrascados teóricos de la talla de Charles Bettelheim, Ernst Mandel, Arghiri Emmanuel y otros), no se puede reducir al problema de si el sistema presupuestario era o no la variante más eficaz, o cómo funcionaba la ley del valor en el socialismo, o la correlación de la estimulación material y la moral en las nuevas relaciones de producción, porque se corre el riesgo de limitar su significado al rango de un estricto debate técnico-económico.¹² Se trataba de mucho más. Nada menos que de la polémica sobre el socialismo: es decir, sobre si el camino trillado por las experiencias del Este era el único, si habría para Cuba otro más idóneo que aquel; e incluso si, tal vez, aquel se orientaba al fracaso. ¡Tan lejos llegó a ver el Che! Y sin embargo, todavía a veces nos perdemos en la discusión de si tenía o no razón en lo que pensaba del mercado, o en su defensa de un esquema centralizado para la economía.

El Che avanzó mucho en esta visión crítica, si tenemos en cuenta que nos referimos a un lapso muy corto: sólo siete años de su vida adulta (1959-1966). No necesariamente porque haya logrado legarnos fórmulas válidas en el plano técnico-económico, y ni siquiera porque haya podido arribar a las respuestas, sino porque tal vez fue quien mejor logró situarse desde entonces ante las preguntas.

En el medio académico relacionado directamente con la enseñanza y los estudios marxistas, un cuestionamiento sistemático al doctrinalismo del marxismo soviético se fue formando en el seno del Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana. Después de experimentarse varios programas de estudio que rompían de un modo o de otro con la lógica de los manuales, se optó por sustituir la docencia de la filosofía marxista sistematizada por la de la historia del pensamiento marxista, con lo cual se buscaba optimizar la aproximación directa a los autores en su entorno histórico y evitar a la vez filiaciones preestablecidas, tanto a la ortodoxia soviética como a cualquier versión heterodoxa. La aparición de la revista mensual *Pensamiento Crítico*, en 1967, guardaba relación con estos criterios.¹³ Este grupo también tuvo una influencia notable en los primeros planes editoriales

de ciencias sociales del Instituto Cubano del Libro, creado a la sazón. Además de numerosos clásicos de la filosofía y el pensamiento premarxista, fueron publicados relevantes pensadores contemporáneos como Max Weber, Lukacs, Gramsci, Wright Mills, Althusser, Cornu, Deutscher, Della Volpe, Marcuse y otros.

La vida académica de esta naciente corriente, integrada en su totalidad por miembros de una generación llegada tempranamente a las aulas universitarias después del triunfo revolucionario, fue demasiado corta para dejar una obra significativa. Pero quedaron numerosos artículos publicados entre 1966 y 1970, y una polémica abierta con los defensores de los manuales y de la versión soviética del marxismo.¹⁴

En ese mismo período se creó en la Universidad de La Habana la Licenciatura en Sociología, fuera de la influencia del marxismo soviético, a diferencia de otras disciplinas universitarias. En la Escuela de Historia y otras de la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Habana se había hecho fuerte la defensa del canon soviético.¹⁵

De conjunto, el cuadro de la reflexión marxista en Cuba en la segunda mitad de los sesenta se presentaba auspicioso para un desarrollo polémico y creativo de la ciencia social. En este cuadro, solo el marxismo-leninismo soviético perdió espacio relativo.

Aunque la determinación política, sancionando o descalificando, ha sido siempre demasiado alta a mi juicio, en relación con la aparición o desaparición de publicaciones, en respaldos y reprobaciones al fruto de la reflexión, en aprobaciones y prohibiciones a discursos y a conductas, hay que reconocer que en el plano del marxismo se mantuvo hasta 1970 un clima de apertura, cuya huella más clara se puede observar realmente en el panorama del final de la década.

Todavía tendríamos que preguntarnos hoy acerca de los motivos de que, incluso en este período, tantos debates tuvieran que terminar polarizando la razón y desechando el argumento del otro, en lugar de dejar que las ideas encontraran su camino por sí mismas.

El viraje de los años setenta

El marxismo que la Revolución inspiró a lo largo de la década inicial del experimento revolucionario se evidenció como un pensamiento creador y polémico, a la vez que militante y abierto. El Che habló de la necesidad de acercarse a los clásicos con una mezcla de veneración e irreverencia y creo que esto adjetivaría bien aquel clima de reflexión.

El cambio de decenio sacó a flote un panorama crítico y contradictorio que aún no ha sido exhaustivamente evaluado. La caotización en la conducción económica del país tuvo su caracterización oficial en el epígrafe autocrítico del *Informe Central al Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba*, en 1975, en los términos siguientes: «En la conducción de la economía hemos adolecido indudablemente de errores de idealismo y en ocasiones hemos desconocido la realidad de que existen leyes económicas objetivas...», «... fue suprimido el presupuesto estatal...», «... la política de gratuidad tomó auge a partir de 1967 y llega a su punto máximo en 1968-69».¹⁶

Los años sesenta siguen urgidos también de un debate más profundo y abierto desde la Revolución. En el Informe Central al Congreso se atribuye las causas del revés a que «interpretando idealísticamente el marxismo y apartándonos de la práctica consagrada por la experiencia de los demás países socialistas quisimos establecer nuestros propios métodos».¹⁷ Algo más de una década después esta ponderación de causas quedaría implícitamente cuestionada en el discurso de la «rectificación», asentado de nuevo en la censura del seguidismo a las «prácticas consagradas» y en el llamado a buscar en la propia experiencia caminos de solución. Naturalmente, sería desacertado descuidar la modificación del escenario político y económico externo e interno al analizar la diferencia entre estos dos momentos.

En realidad, la economía del país, y con ella su capacidad de reproducción, había hecho crisis desde finales de los años sesenta. El fracaso de la «Zafra de los 10 millones» fue el signo de la crisis, pero evidentemente no su causa: incluso de haberse logrado los diez millones de toneladas de azúcar la crisis era ya un hecho. «Convertir el revés en victoria»,¹⁸ fue el llamado de Fidel Castro devenido consigna desde su demostrada capacidad para hacer frente a las situaciones más adversas. El «revés» no era simplemente, como pudiera parecer, el resultado de la zafra misma, sino el fracaso de consolidar un proyecto socialista autóctono en medio del bloqueo y sin sujeción a dependencia de tipo alguno. La «victoria» tampoco se refería solamente, por supuesto, a la estricta recuperación azucarera, sino de manera integral a la urgencia de asegurar la subsistencia y el relanzamiento del proyecto revolucionario cubano, ahora desde un gravoso fracaso.

Probablemente aquella crisis, más aún que la de

los cohetes en 1962, puso en peligro la viabilidad del proyecto revolucionario. Si no aconteció el desplome hay que atribuirlo a la peculiar correspondencia entre las probadas aptitudes tácticas y estratégicas de Fidel Castro como conductor político, la cohesión alcanzada por el liderazgo y los dispositivos de reconstrucción del consenso popular desarrollados en el sistema cubano.¹⁹

Como es sabido, la solución de la crisis se buscó a partir del ingreso al Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME),²⁰ que propició a partir de los años setenta condiciones excepcionales, no sólo para la subsistencia, sino para que el proyecto cubano alcanzara en buena medida su realización material.²¹

¿Fue entonces el ingreso al sistema socialista la única salida posible? Con frecuencia me he planteado que no había otra alternativa para la dirigencia cubana, aunque también es este un tema sobre el cual ha faltado el debate. Pero me interesa destacar ahora que no se trataba simplemente de una opción impuesta por las circunstancias, sino que al interior del país significaba la victoria para una posición ideológica.²²

Se imponía la posición que en la polémica económica sobre el socialismo defendía la necesidad de «seguir los caminos trillados» por la experiencia soviética,²³ la posición que alentaba en el campo de la creación cultural el «realismo socialista» y que pujó (afortunadamente sin éxito total) por imponer fronteras al arte, la posición identificada con la versión del marxismo difundido desde las EIR entre 1960 y 1966.

La cancelación del espacio polémico en el terreno de las ideas (1970-1971) precedió al proceso de inserción al CAME (1971-1972), a la adopción del dispositivo económico correspondiente —Sistema de Dirección y Planificación de la Economía (SDPE)— y a la institucionalización política y administrativa, en buena medida influida por los patrones de autoridad del socialismo soviético (1975-1976). Esta secuencialidad se perfila, vista retrospectivamente, como un saneamiento uniformador, una verdadera medida de ingeniería de pensamiento que precediera en lo interno al giro integral que habría de articular el proyecto cubano al sistema soviético.

Dos momentos quisiera destacar en la uniformación de esta década; o quizás valga mejor decir en su preparación. El primero cobra forma en la crítica dirigida a la revista *Pensamiento Crítico* y al Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana a partir de 1970, la cual culminó en la clausura de ambos un año después.

La importancia de esta acción no puede ponderarse por el peso del grupo criticado, minoritario incluso dentro del medio universitario, y exento de influencia política o de intención contestataria. Lo significativo es que se escogió esta coyuntura para marcar el giro hacia la oficialización de la versión soviética del marxismo y la proscripción de las heterodoxias reales o supuestas desde el canon